

NACE UNA DEMAGOGIA MUNDIAL

Numerosos estudios han tratado últimamente acerca de los países «subdesarrollados». El subdesarrollo es un concepto antiguo, pero sólo recientemente se ha convertido en un problema. En el prólogo de su importante obra sobre *Las Naciones Proletarias*¹, Pierre Moussa ofrece dos explicaciones principales de este hecho: el perfeccionamiento de los medios de información (entre los cuales incluye la guerra) y el anticolonialismo de las grandes potencias (los Estados Unidos y la U. R. S. S.). En un artículo publicado en *La Neff*, Edgar Faure añade una tercera: el dinamismo de la economía moderna que, «al acarrear movimientos contrarios de enriquecimiento progresivo y de empobrecimiento relativo, viene a producir reacciones violentas a partir de un determinado punto».

Esta «distorsión» lleva, por desgracia, camino de acentuarse. En tanto que continúa el enriquecimiento de las naciones desarrolladas, la economía de muchas naciones subdesarrolladas permanece estacionaria. Hay, pues, en términos relativos, un empobrecimiento continuo de los que ya son pobres. Los capitalistas internacionales concentran sus esfuerzos en algunas producciones (especialmente en las industrias extractivas), de las que esperan obtener rápidos beneficios, y de este modo crean zonas de una prosperidad estrictamente limitada que son, en realidad, enclaves extranjeros en el interior de los países subdesarrollados². Por último, las cotizaciones de las materias primas sufren grandes fluctuaciones que enriquecen a algunos especuladores, pero neutralizan los efectos de la asistencia internacional. (En 1957, la baja del café hizo perder al Brasil más de lo que le habían prestado los Estados Unidos.)

¹ Ed. Presses Universitaires de France.

² M. Dieterlen ha hecho un interesante análisis de este fenómeno en *L'Investissement*, Ed. Marcel Rivière, págs. 189-190.

Esta asistencia, sin embargo, va en aumento. La ayuda global concedida por los Estados «prestarios» a los Estados «proletarios» ha pasado de dos mil millones de dólares anuales (promedio de los años 1953-1956) a dos mil quinientos millones en 1957³. Pero estos préstamos han estado mal repartidos. Las estadísticas de la O. N. U. distinguen entre dos categorías de subdesarrollados: los que tienen entre 100 y 200 dólares de renta anual por habitante y los que tienen menos de 100 dólares. El primer grupo recibió en 1956-57 una ayuda de 2,3 dólares y el segundo 1,4 únicamente. (Esta última proporción baja aún más, a 0,5, si se excluye Indochina.) Durante el mismo año, la mitad de la ayuda americana se dió a Formosa, Corea del Sur y el Vietnam, es decir a 40 millones de habitantes, de los 1.150 millones que pueblan los países subdesarrollados no comunistas. Las razones de semejante elección son evidentemente políticas e incluso militares. Por otra parte, no son sólo los Estados Unidos los que dan este trato de favor a sus «clientes». Durante el período considerado se han desarrollado también fuertemente las asistencias mediterráneas (Chipre y Malta) de la Gran Bretaña y la argelina de Francia. Por último, si desde 1954 la U. R. S. S. ha extendido su ayuda a ciertos países no comunistas, la lista de los beneficiarios es significativa: Egipto, Siria, Indonesia, etc. (Contraprueba: Yugoslavia, eliminada en 1958 por el crimen de heterodoxia comunista). Un experto en gráficos, privado de todo otro documento, podría leer la historia de las grandes querellas de nuestro tiempo al través de las estadísticas de la asistencia internacional.

Las discusiones de las comisiones de la O. N. U. han constituido muchas veces verdaderas batallas entre Oriente y Occidente, camufladas de pujas de generosidad. Se ha visto a los delegados rusos reclamar insistentemente una conferencia para tratar de «todas las fuentes de energía» (trampolín de propaganda a favor de las nacionalizaciones), mientras que los delegados anglosajones ponían en duda la eficacia de semejante reunión, y hacían esfuerzos por aplazarla para no exponer a la discusión pública la gestión de las grandes compañías petrolíferas. De la misma manera, los anglosajones se han mostrado favorables—con arreglo al espíritu capitalista—a los proyectos que presentaban un carácter de rentabilidad inmediata o próxima, y los soviéticos han preconizado la indus-

³ Esta cifra (aproximada) no comprende la ayuda de la U. R. S. S. a los países no comunistas, la cual es del orden de 700 millones de dólares.

trialización a toda costa (medio de creación de un proletariado marxista), sin que los detengan las consideraciones de productividad. De esta suerte y bajo el velo transparente de un argumento de interés general, cada uno de ellos se esforzaba por extender su sistema e imponer sus técnicos. Finalmente y *contra* toda ampliación a mayor escala de la asistencia internacional, se ha llegado a un acuerdo tácito entre los americanos, escandalizados por la idea de dejar que sus dólares los distribuyeran los comunistas, y los rusos, que no tenían el menor deseo de comprometerse en una acción común con los capitalistas.

En el curso del debate acerca de las materias primas, se han manifestado ciertas cuestiones de detalle con mayor nitidez que lo hubieran hecho hace algún tiempo. La actitud negativa del delegado británico ha causado no poca sorpresa, por más que resulte explicable, ya que una valorización de determinados productos básicos resultaría provechosa para muchas naciones de la Commonwealth, pero no para la Gran Bretaña. Ahora bien, los intereses específicos de ésta resultan en Londres tanto más determinantes cuanto más se debilitan los antiguos lazos imperiales.

Se ha discutido algún tiempo acerca de la creación de un organismo internacional que tomaría el nombre de «Sunfed» y que consagraría 30.000 millones de dólares a la concesión de préstamos no sujetos a criterios de estricta rentabilidad, tal y como actualmente se exige por la Banca Internacional, permitiendo de este modo—según los autores del proyecto—aumentar anualmente del 4 al 5 por 100 la renta nacional de los países subdesarrollados. Por último se ha contentado con crear, durante un período de tiempo limitado, un fondo especial de investigación más que de asistencia, destinado a revelar la riqueza potencial que anteriormente pudiera servir de base a las inversiones. A tal efecto debería reunirse una suma de 100 millones de dólares mediante contribuciones voluntarias, pero hasta el momento actual solamente se han entregado 26 millones.

Mientras que esta piel de zapa se encoge, continúan los debates teóricos. «Los países subdesarrollados deberán esforzarse en atraer los capitales privados. ¿Cómo podrán hacerlo si, ante todo, carecen de unas infraestructuras cuyos gastos sólo pueden asumir los Estados desarrollados? Antes de distribuir los artículos de consumo industrial a una población miserable precisa alimentarla. Desgraciadamente los capitalistas no tienen el menor interés en semejante empresa. Una tercera parte de los créditos

de la Banca Internacional ha sido consagrada a los transportes, y una milésima parte a la cría de animales domésticos.» En espera del resultado final de todas estas controversias, la producción de los unos y la población de los otros se desarrollan sin llegar a unirse. Los milagros de la expansión capitalista y los de la medicina son contradictorios entre sí, y el nivel de vida occidental aumenta a los ojos cada vez más atentos de mil millones de seres presa de la envidia y trabajados por la propaganda comunista.

Tal es la situación que nos describen los especialistas y para la que algunos de ellos proponen dos remedios de gran envergadura.

El primero consistiría en aumentar artificialmente los precios de las materias primas originarias de los países subdesarrollados. Estos bienes se calculan en 25.000 millones de dólares anuales y una revalorización de los mismos supondría para sus productores un suplemento de renta superior a los 3.500 millones de dólares. Desgraciadamente, semejante operación tendría el riesgo de que se renovasen en mayor escala los fenómenos de superproducción y de inflación, que origina en las economías nacionales la fijación de precios «políticos», y esta vez no habría un Estado-Providencia de carácter mundial para hacerles frente.

«Aumentar en un 14 por 100—observa M. François Herbet—el precio que piden ciertos proveedores por su mineral de hierro, su bauxita, su caucho, su sisal y otras fibras vegetales, sus productos oleaginosos tropicales y sus productos alimenticios como los cereales, el azúcar y la carne congelada, y pretender que las corrientes comerciales sigan siendo las mismas, no parece dejar de ser una pretensión»⁴. Una acción de esta naturaleza podría incluso hacer desaparecer paradójicamente los mercados de salida normales de las producciones que se trata de favorecer. Los «desarrollados» han logrado ya reemplazar una buena parte de los productos vegetales que hacían venir de las regiones tropicales, por otros productos que obtienen en su suelo (como la remolacha) o que fabrican por vía sintética (como el caucho). El petróleo está abocado a ser reemplazado, a su vez, por el átomo. Los grandes embalses tropicales suministran una energía que hoy día parece barata, pero que mañana lo será menos que otras. Incluso no es inconcebible que el hierro y el aluminio sean suplantados por nuevos metales (por ejemplo, el magnesio, que se obten-

⁴ *Ecrits de Paris*, junio 1959.

dría del mar). Un alza artificial de los productos actualmente empleados podría acelerar la hora de estas sustituciones. En consecuencia, los «subdesarrollados» no tienen interés en abusar de sus monopolios temporales.

Se dirá que, por lo menos, hay que dejar a los elementos autóctonos el beneficio de sus explotaciones. Pero en tal caso deberían asumir también los gastos correspondientes. Movidos por la esperanza de obtener un beneficio, los capitalistas extranjeros construyen vías de comunicación y distribuyen salarios, preparando así ulteriores progresos que se llevan a cabo sin ellos y aun contra ellos mismos. La historia económica está llena de esta clase de regalos involuntarios. Pero son regalos que dejan de recibirse cuando se pretende confiscarlo todo.

El segundo gran remedio—sugerido por el partido laborista británico y sostenido en Francia por M. Edgar Faure—consiste en dedicar a la asistencia internacional una parte de los presupuestos militares. Esta última solución es tan seductora que jamás habrá nadie que la combata abiertamente. M. Edgar Faure no lo ignora y hasta me atrevería a decir que se aprovecha de ello. «¿En qué y contra qué—escribe—necesita ser defendido el mundo libre? ¿Es que creemos verdaderamente que los comunistas nos van a declarar la guerra?» Si se tomara este texto a la letra, las contribuciones de la economía de los países libres a la O. T. A. N. no sólo serían deplorables, sino que estarían totalmente injustificadas. La idea misma de la defensa de Europa habría de considerarse absurda. El representante de Francia en la Conferencia de Lisboa en 1952, ¿nos habría hablado de una cuestión inexistente? Para defenderlo contra su *alter ego*, el senador del Jura, recordemos brevemente dos hechos esenciales: 1.º) la carrera de armamentos fué desencadenada por la U. R. S. S. en 1945, cuando los Estados Unidos, presa de un delirio de optimismo pacifista, no pensaban más que en desmovilizar; y 2.º) dicha carrera fué reemprendida en 1950, cuando el Gobierno americano vacilaba en construir la bomba H, con la invasión de Corea. Estos dos acontecimientos datan, es cierto, de la época de Stalin, y Kruschef, por más que esté mucho mejor armado que su predecesor, quizá descarte completamente la idea de continuar la política de aquél. El mayor deseo sería convencerse de ello, pero la demostración aún no está hecha y, en espera de ella, resulta demasiado simple declarar inútiles los gastos de armamento de los occidentales.

La verdad es que dejándose hipnotizar por los aspectos militares de la

competencia entre el Este y el Oeste, los Estados Unidos se han expuesto a verse «envueltos» por sus adversarios en otros terrenos. Los comunistas han intentado—a veces con éxito—transformar los pactos de defensa en pretextos de agitación, y de neutralizar las bases militares mediante levantamientos populares. Los últimos acontecimientos nos incitan a concebir una estrategia política más amplia y mejor equilibrada. Excluir de ella todo elemento militar no haría más que invertir en sentido contrario el error que se pretende corregir. Después de todo, las «detenciones» de que ha sido objeto en diversas partes del mundo el imperialismo comunista, son las que hacia 1945 han obligado a éste a cambiar de táctica. Un desmantelamiento de la O. T. A. N. podría hacer renacer las antiguas tentaciones en Moscú.

Sin duda, M. Edgar Faure no desea—por más que corra el riesgo de desencadenarlo—un desarme *unilateral* de Occidente, sino que preconiza, como todo el mundo, un desarme simultáneo de los dos campos. Su originalidad—o la de Mr. Bevan—estriba solamente en conceder primeramente el beneficio que de ello se derivaría, a los países subdesarrollados. Se trata de un simple juego de palabras y buena fe, que no supone una aproximación de la solución del problema. Si el desarme fuera un asunto puramente sentimental, hace mucho tiempo que cada país tendría buenas razones para proceder a él. Pero el oso, cuya piel se pretende vender, aún está vivo. Con todo, admitamos que uno de estos días sea abatido. ¿Será posible descuartizarlo en común? M. Edgar Faure no nos dice por qué se siente autorizado a esperarlo así, e incluso expone a las mil maravillas las razones por las que una sincera cooperación por parte de la U. R. S. S. parece actualmente poco probable. Si la ayuda—dice—a los países subdesarrollados conserva un carácter de competencia, entonces es el comunismo el que ganará la batalla. Podríamos discutir esta afirmación, pero me apresuro a conceder a M. Edgar Faure que ella expresa ciertamente el pensamiento de los dirigentes soviéticos, y en tal caso hace falta una gran dosis de optimismo para suponer que éstos podrían renunciar, por puro humanitarismo, a una probabilidad de desencadenar la revolución mundial. Lo mismo que son ellos los que se han mostrado siempre más propensos a la crítica respecto a los partidos socialistas (y sobre todo a los comunistas disidentes), que a los partidos liberales, son también más hostiles a los proyectos de economía mixta que las empresas puramente capitalistas. Sin duda no responderían a una proposición hábilmente for-

mulada, por una negativa brutal. Acaso no dieran tampoco una aceptación de principio. (Es la costumbre en semejantes cuestiones.) Pero declararían que el primer servicio que hay que hacer a los «subdesarrollados» es el de llevar a cabo su emancipación económica, y con este pretexto pondrían condiciones inaceptables: expropiación generalizada, supresión de los acuerdos preferentes, etc., y al rechazarlas, los occidentales serían tratados una vez más de «colonialistas».

M. Edgar Faure es demasiado cauto para no haberse hecho a sí mismo esta objeción. Entonces, hay que suponer que una de dos: o bien preconiza una simple maniobra de propaganda con vistas a contener por el momento a la Unión Soviética, pero que no sería, en definitiva, más que un nuevo episodio de la guerra fría; o bien él cree en la posibilidad de movilizar a la opinión mundial en beneficio de su tesis, de una manera tan vigorosa que, no obstante su repugnancia, la U. R. S. S. se vería obligada a prestar su concurso. Sólo en esta segunda hipótesis su proyecto podría tener un largo alcance y, por lo tanto, esta hipótesis es la que examinaremos en primer lugar.

No es de esperar en modo alguno que los Estados «prestatarios» pongan mucho entusiasmo en financiar a otros Estados que tratarán no sólo de consumir lo menos posible sus productos, sino de hacerles la competencia lo antes posible, y aun se mostrarán todavía más reacios si se trata de ayudar directa o indirectamente a unos adversarios eventuales. Esta cuestión no se ha planteado hasta ahora en un primer plano porque, en principio, los grandes Estados no desarrollados (China y la U. R. S. S.) no solicitan la ayuda extranjera. Sin embargo, el año pasado y por primera vez, la U. R. S. S. solicitó créditos americanos. Se trataba de ayudar a construir una industria química. Pero una industria química potente constituye hoy día un elemento esencial de la fuerza militar de un país, y por otra parte ayudar a la U. R. S. S. sería tanto como ayudar indirectamente a China, es decir financiar una superpoblación absurda, en lugar de favorecer en otras partes unas posibilidades reales de elevación del nivel de vida.

Para justificar su resistencia, los «desarrollados» invocarán la existencia en ellos mismos de regiones subdesarrolladas. «Hemos alcanzado la prosperidad—dirán—mediante un esfuerzo secular, ahorrando y limitando voluntariamente nuestras familias, y gracias a este esfuerzo podemos mantener ahora en nuestra nación un nivel de vida decente, pero

aún queda mucho por hacer para educar y alojar decentemente a las generaciones cada vez más numerosas, y a ello podrían eventualmente ayudar las economías que pudieran hacerse en nuestros presupuestos militares. Y se nos pide que renunciemos de antemano a todo ello en beneficio de otros pueblos que no han tenido nuestro valor y nuestra decisión.» Esta reacción se deja ver ya en el interior de una comunidad nacional entre poblaciones de origen o de nivel de vida diferente (por ejemplo, entre franceses y argelinos), y se mostrará aún más evidente cuando se trate de subvencionar a desconocidos. Se ha conseguido hacer que la opinión francesa acepte en el curso de las últimas décadas un cambio que es casi una revolución en el antiguo pacto colonial, por el que sus víctimas se han convertido en sus beneficiarios. En el momento de la creación de la Comunidad, la ayuda presupuestaria concedida por Francia a los territorios de ultramar era cuatro o cinco veces superior al importe de las economías y beneficios repatriados en la metrópoli, y el ministro alemán Erhard podía sostener que si ésta (la metrópoli) se hubiera dado a sí misma lo que había prodigado fuera de ella, sus habitantes hubieran podido alcanzar el mismo nivel de prosperidad que Alemania. Esta verdadera obra de beneficencia ha podido ser realizada al amparo de la bandera tricolor, pero después de la secesión de Guinea se ha visto que los franceses están mucho menos dispuestos a continuarla en ausencia de esta bandera.

Nuestros elementos progresistas no hablan con menor alegría de establecer, crear un impuesto internacional sobre la renta. En ello hay, por una parte, un simple artificio de presentación. El partido laborista británico había propuesto fijar el tipo de este impuesto en un 1 por 100 de la renta nacional. De haberse adoptado esta propuesta, Francia hubiera hecho valer inmediatamente que ella pagaba ya el doble. Se espera lograr que los beneficiarios tengan una mayor conciencia de esta contribución cambiándola de nombre, pero, por el contrario, ¿no veríamos entonces multiplicarse las propuestas para ver quién da más? Bajo la presión cada vez mayor de una O. N. U. reforzada, las tasas serían recaudadas como lo fueron las al principio muy modestas del impuesto sobre la renta francés. Este asustaba ya antes de la guerra, por la rapidez de su progresión, a su creador Joseph Caillaux, para convertirse más tarde en un instrumento de nivelación de clases (de lo que nuestro Gobierno ha acabado por preocuparse), y la misma evolución se reproduciría esta vez a expensas

del conjunto de la nación. En la nueva atmósfera que se intenta crear, las acusaciones de egoísmo que actualmente se dirigen contra los países occidentales acabarían por transformarse en verdaderas condenas por el delito de evasión fiscal.

Muy a menudo se habla de las tensiones sociales internacionales como si éstas opusieran únicamente los ricos a los pobres, los capitalistas a los proletarios. Pero, como ha hecho ver M. Moussa, «los verdaderos adversarios de dar batalla en la guerra de las condiciones del cambio son los asalariados occidentales y los campesinos de los países subdesarrollados»⁵. Los interesados son aún más conscientes de este hecho, y así se lo revelará todo debate público extendiendo y reforzando con ello el «conservadurismo» de los países desarrollados.

Sólo un movimiento de pánico podría acabar con esta oposición. Un comienzo ha podido verse al día siguiente de la Conferencia de Bandung. Pero desde entonces Occidente ha vuelto a ganar terreno. El neutralismo de la India se ha hecho más amistoso, el mundo árabe ha vuelto a caer en su anarquía tradicional, la rebelión argelina ha sido contenida, la Comunidad y el Mercado Común han conservado el Africa francesa en la órbita de Europa y Ghana sigue perteneciendo a la «Commonwealth» británica. Incluso se ha visto al Irak «liberado» renunciar por su propia voluntad a una nacionalización petrolífera que hubiera resultado más perjudicial para el «beneficiario» que para sus víctimas. Porque, en efecto, ¿qué sería de los Estados del Oriente Medio si los occidentales dejaran de desarrollar sus explotaciones en Asia, para concentrar sus esfuerzos en otras regiones que les parecieran políticamente más seguras? Y de la misma manera, ¿qué sería del Brasil si los americanos decidieran beber menos café o comprarlo en Africa? Los dirigentes de las grandes potencias liberales, no contaminados por el derrotismo de sus intelectuales, no deberán arrojar estos triunfos sin una contrapartida, y para ello encontrarán aliados incluso en la opinión del otro lado del telón de acero.

Los expertos suelen fijar en 600 dólares de renta *per capita* y por año el límite a partir del cual un país puede considerarse «desarrollado»⁶.

⁵ De no existir una política de salarios altos en los países capitalistas, los consumidores de los países subdesarrollados no se beneficiarían de la competencia de los empresarios.

⁶ La zona de las naciones «medias» se extiende entre los 200 y los 600 dólares. Por debajo de 200 dólares se tiene derecho al título de «subdesarrollado».

De adoptar este criterio hay que excluir de la lista a la U. R. S. S. (no obstante ser prestataria) y, con mayor razón, a sus satélites comunistas de la Europa oriental. Así, pues, se comprende la sorda protesta de estos países contra el envío a China y al Oriente Medio de maquinaria que, utilizada en el país de origen, hubiera contribuido a mejorar unas condiciones de vida todavía poco satisfactorias. Semejante esfuerzo tiene sus límites. Kruschef puede afirmar que todas las naciones «socialistas» entrarán en el comunismo «con el mismo paso», pero su frase no tiene ningún alcance práctico, ya que ni siquiera un dictador soviético es lo bastante fuerte para reducir a los semiburgueses del comunismo europeo al nivel de sus hermanos chinos.

La «universalización» de la asistencia, ¿encontrará al menos una aprobación unánime en el nivel más bajo de la escala internacional? Tampoco. Como ya hemos visto, algunos países subdesarrollados reciben actualmente más de la parte que normalmente les corresponde de la beneficencia de los grandes. En una organización de carácter mundial se verían reducidos en una situación inferior, al menos relativamente. El Este y el Oeste llegarían prácticamente a un acuerdo a expensas de sus respectivos clientes, y hasta, posiblemente, de los explotadores profesionales del neutralismo. En efecto, el móvil de su entendimiento mutuo pudiera ser muy bien, no un impulso de generosidad que los llevara a desarrollar juntos y en común sus respectivas empresas de asistencia, sino un desagrado común ante la falta de discreción de los Estados de segundo orden, que se ofrecen en subasta al mejor postor. (No resulta demasiado difícil imaginar a Kruschef diciendo a Eisenhower en el curso de una sesión secreta de cualquiera conferencia «cumbre»: «Nasser nos cuesta demasiado caro; vamos a ponernos de acuerdo para cortarle los víveres».) De la guerra de Corea a la de Indochina, y de la rebelión argelina a la revolución del Irak, la inquietud internacional se ha desencadenado en aquellas regiones en las que han tenido lugar aportaciones espectaculares de capitales. Dejar que se produzca y luego reprimir una revuelta comunista es la receta número uno para conseguir dólares. Firmar y luego denunciar un pacto con los Estados Unidos es la receta número uno para conseguir rublos. Este juego, primero semiinconsciente y más tarde cada vez más cínico ha dominado en los años de la presente década, y no parece haber llegado a su fin. Los que se tienen por hábiles en él temerán perder sus ventajas, prefiriendo a una asistencia anónima, universal y desinteresada, una

asistencia más débil pero lograda a fuerza de puños y de la cual ellos mismos pueden atribuirse el mérito. Desgraciadamente, por este medio de gangsterismo político es como se pasa a la Historia.

Otras reticencias serán menos inconfesables. Los comunistas rehusarán ser salvados de cualquiera forma que no sea según sus propios principios, y los realistas recordarán que renunciando a la protección de un gran país para inscribirse en la asistencia mundial se corre el riesgo de cambiar una presa segura por una sombra, ya que la experiencia demuestra que, en efecto, la ayuda aumenta—no sólo en cantidad, sino también en calor humano—cuando se tiñe y beneficia de lazos políticos o sentimentales establecidos entre las partes. Actualmente ya no existen corrientes de inmigración importantes más que en el interior de las grandes unidades políticas: de Jamaica hacia la Gran Bretaña, de Puerto Rico hacia los Estados Unidos, de Argelia hacia Francia. Ahora bien, puede resultar más útil acoger en una región próspera a los trabajadores de una región desheredada que esterilizar en ésta unos capitales que estarían mejor empleados en otra parte.

Hemos dicho lo bastante para mostrar cómo el proyecto de cooperación mundial, tan caro a M. Edgar Faure, no recibirá, en efecto, el apoyo general que en un principio le parecía prometido. Pero el antiguo presidente del Consejo contestaría sin duda que incluso si ha de fracasar en últimas cuentas, la experiencia merece ser intentada, porque nos proporcionará en primer término un éxito moral. Hémos de nuevo en el terreno de la propaganda. No nos aventuremos por el mismo sin haber reexaminado los elementos convencionales del problema, para conocer su exacto valor.

* * *

He empleado para exponerlo el lenguaje de los técnicos, iba a decir de los tecnócratas. Este lenguaje es útil. Permite generalizar. Se presta a brillantes desarrollos. Sin embargo, no nos hagamos demasiadas ilusiones sobre su valor práctico. Cifras corrientemente citadas suscitan recelos por su misma precisión. Fijar, por ejemplo, en 64.000 individuos el crecimiento diario de la población mundial⁷ es postular la existencia en todos los países de registros civiles seriamente establecidos. Aún no hemos llegado a tanto. Los peritos no están siquiera de acuerdo sobre ciertas com-

⁷ Guérin, "Humanité et Subsistence", citado por M. Edgar Faure, *La Nef*, junio de 1959.

paraciones de base. Algunos dicen que Europa ha conocido hace unos siglos la suerte de los países subdesarrollados. Otros aseguran que ya entonces tenía un avance considerable sobre Egipto o China de hoy en día. Para explicar la miseria presente de ciertos países «primarios», en primer término se ha hecho hincapié en un documento de la O.N.U., según el cual, en el curso de las primeras décadas del siglo xx, las materias primas se han desvalorizado en un 40 por 100 con relación a los productos manufacturados. Luego se ha comprobado que esa desvalorización reflejaba sobre todo la baja del trigo y de los fletes que en modo alguno habían empobrecido a los países subdesarrollados. Por fin, se ha caído en la cuenta de que habiéndose modificado en el curso de este período las rúbricas mismas del comercio internacional, una valoración cifrada del menoscabo de los términos del intercambio era en realidad imposible.

La noción misma de subdesarrollo carece de precisión. Se han señalado para la misma causas numerosas y variadas: la crecida mortandad, la fuerte fecundidad, la higiene rudimentaria, la subalimentación, el escaso consumo de energía, el analfabetismo, la fuerte proporción de cultivadores, el subempleo, la condición inferior de la mujer, el trabajo de los niños, la debilidad de las clases medias... Pero, ¿cómo clasificar a las naciones que sólo brindan algunas de estas causas? No retener más que una, la renta media, es simplificar la cuestión, pero renunciar a desentrañar lo real. M. Moussa, que ha adoptado este partido, hace observar honestamente que los bienes que la Naturaleza ha dado al hombre o que éste produce para sus propias necesidades escapan a la contabilidad y que «el razonamiento por ello resulta falseado».

No me perdonaría de insistir sobre semejantes incertidumbres. La ciencia económica jamás es perfecta y las aproximaciones son, sin embargo, preferibles a la ignorancia. Lo que me parece más grave es ver a sabios que se pretenden (y sin duda creen) objetivos, alinear las cifras en virtud de una filosofía que no se ha expresado y que así imponen a un lector sin defensa. Afirmar que hay *un* problema y no *problemas* del subdesarrollo, es ya tomar un partido que sería preciso justificar. Cuando se ha negado en el punto de partida las diferencias regionales o raciales, se ve uno llevado a favorecer lo que efectivamente puede hacerlas desaparecer. Una humanidad nivelada se adaptaría más fácilmente a planes cósmicos. Por este hecho existe una afinidad natural entre los partidarios de esta nivelación y los expertos del subdesarrollo. Se ve, pues, a una escuela

política acaparar el estudio del problema. Ha llegado el tiempo de acabar con ese monopolio y de destacar lo que ha dejado en la penumbra, de revelar su doctrina esotérica poniendo de manifiesto los caracteres comunes de sus trabajos.

Religión de la cantidad.

Queda implícitamente admitido que el ideal social más elevado es hacer subsistir sobre el planeta al mayor número posible de seres humanos. Los defensores de la «economía humana», agrupados en torno al P. Lebret, declaran que los poderes públicos deben favorecer las producciones de masa susceptibles de satisfacer las necesidades fundamentales de los hombres. Así formulada, la sugestión parece a primera vista inocente. En realidad, reitera con algunas perífrasis el célebre «a cada cual según sus necesidades». Es ir más allá que la Rusia soviética que ha ampliado grandemente la escala de los salarios y declarado prematuro el paso del socialismo al comunismo. Es ignorar también el reciente fracaso de la China popular que, habiendo intentado dar ese paso, sólo ha conseguido provocar el desorden y actualmente tiene que dar marcha atrás. En nombre de la solidaridad humana y de la caridad cristiana, nuestros buenos apóstoles renuevan el error fundamental de Marx, que era plantear el problema social sin integrar en el mismo el factor demográfico. Aspiran a un paraíso y nos preparan un infierno. Una aplicación rigurosa de su doctrina provocaría, en efecto, la reconstitución indefinida de una infrahumanidad marginal. El progreso técnico se proseguiría, pero, absorbido por el número, permanecería para siempre jamás incapaz de proporcionar a los hombres la elevación general del nivel de vida y la diferenciación cultural que son los dos exponentes de un auténtico progreso de la civilización.

Simplificación sistemática de las cuestiones por menosprecio de las diversidades naturales y referencia abusiva a antecedentes facilitados por las sociedades occidentales.

Se afirma en principio que todos los países tienen aptitudes análogas para el desarrollo. Sin embargo, los hay que esterilizan obstinadamente las inyecciones artificiales de capitales que se les ponen, sea atesorando,

sea malgastando las rentas que proporcionan, o bien utilizándolos para financiar una superpoblación. La curva del «efecto acumulativo» de las inversiones, que los expertos calculan en sus despachos de Nueva York o de París resulta deformada en la realidad por tradiciones, religiones, intermediarios, usureros, aprovechados, cataclismos naturales... Los mismos Continentes no son comparables. Asia pulula más, sus tradiciones son más complejas y su historia remonta muy lejos. Africa se ha desarrollado recientemente en simbiosis con Europa. Estas realidades distintas impregnan a pesar de ellos a quienes las han conocido. Por más que nuestros autores generalicen, se puede ver dónde cada cual ha formado su experiencia.

Otro axioma de la escuela es que los hombres, cualesquiera que sean, desean por encima de todo una mejora rápida de su condición económica. No sólo no hay nada de esto, sino que esta jerarquía de los valores choca profundamente a muchos de ellos, señaladamente en la región más poblada del mundo, el Sur de Asia. Son incluso los humildes los que manifiestan más netamente su preferencia por el respeto absoluto a ciertos modos de vida y a ciertas prohibiciones religiosas. Se les compadece generalmente en el Occidente. Sin embargo, esta actitud estriba en satisfacciones morales mencionadas por todos los informadores serios. Estas satisfacciones, cuando se las bautiza «rentas psíquicas», escapan con más seguridad aun que las producciones domésticas a la contabilidad de los tecnócratas. Profesionalmente, las ignoran. Humanamente, hay que reconocer un hecho que tira por los suelos su teoría: son los países donde los progresos son muy lentos los que dan el espectáculo de la felicidad. Una industrialización forzada permitiría a Tailandia obtener una mejor clasificación en los manuales de economía política, pero rompería su antigua armonía. Disturbio inevitable y temporal, se dirá: ningún país puede sustraerse indefinidamente a la marcha general de la civilización. Sin duda, pero son prácticamente problemas de ritmo y de oportunidad los que se plantean a los jefes responsables. Ignorarlos es situarse fuera de lo humano.

La mayor parte de las veces, los socorros asestados de lejos y de alto quedan sin efecto. Pasando en revista la historia de la ayuda en metálico, M. Jean Darcet escribe: «Se han construido presas en regiones donde había pocos terrenos por regar y ningún cliente para la energía eléctrica... El verdadero colonialismo, en el sentido peyorativo del término, es actualmente el que se practica en el Oriente Medio y en América

latina cuando se esfuerzan en convencer a países muy cándidos y muy románticos para realizar ciertos conjuntos industriales deslumbrantes»⁸. No es éste el parecer de M. Edgar Faure. Piensa que hay que utilizar por doquier la técnica más moderna. «No hagamos circular a título provisional diligencias y barcazas.» Sin embargo, es poco más o menos lo que hace la China popular. De los planes industriales demasiado ambiciosos ha vuelto a proyectos más modestos, teniendo en cuenta los inconvenientes de la mecanización en un país superpoblado y recurriendo la mayor parte de las veces a la tracción no ya animal (como era el caso de las barcazas), sino humana. Asimismo, la India descubre con retraso las ventajas de la *pequeña* hidráulica.

Ciertamente, no tendríamos razón atribuyendo a los habitantes de los países subdesarrollados no sé qué inferioridad congénita y eterna. Los progresos de la ciencia permiten actualmente explicar por el medio ambiente muchos fenómenos antaño atribuidos a la herencia. Sin embargo, mientras subsista la familia, los dos factores permanecerán difíciles de disociar en la acción. Y si es poco cristiano despreciar al prójimo, debería ser permitido atribuirle—al menos provisionalmente—aptitudes e inaptitudes particulares. La imposición de un ritmo de progreso material que no corresponde a las aspiraciones de un grupo humano es una forma de la explotación. La cuestión no sólo se plantea en los países tropicales o con población perezosa (aquellas, por ejemplo, que prefieren privarse de una segunda cosecha anual porque les daría más trabajo). Afición al ocio y preocupación por la producción se oponen por doquier, incluso en la U. R. S. S. Una de las razones que hace vacilar al gobierno soviético para seguir adelante por el camino de la descentralización es que muchos koljoses desean utilizar con fines culturales los fondos que pretende consagrar a nuevos aumentos de la producción. Nosotros mismos encontramos natural una cierta idea de los ocios que corresponde a nuestra civilización. Que otros tengan una idea diferente nos parece condenable. Es pura intolerancia.

Resignación a la decadencia de Europa.

«A mediados de este siglo XX, la Europa occidental desempeña el papel de un enfermo sostenido por inyecciones que lo alivian provisionalmente,

⁸ *Prospective*, núm. 3.

pero sin esperanza alguna de curación definitiva. Entre tiempo, su nivel de vida no cesa de deteriorarse.» Estas líneas sorprendentes—sobre todo en un observador muy inteligente—figuran en un libro publicado hace cinco años por M. Tibor-Mende⁹. Los europeos de 1959 no se reconocerán en las mismas. No han mostrado en el intervalo la «pasividad resignada» que les atribuía este autor. Muy por el contrario han conocido una expansión rápida, más rápida incluso que la de Estados Unidos. En 1954, M. Tibor-Mende basaba su juicio sobre el alza de las materias primas con relación a los productos manufacturados. Esta tendencia temporal, debida a la guerra de Corea, ha sido sustituida después por una tendencia inversa, de la que actualmente se saca un argumento para justificar reivindicaciones dirigidas a Europa. Se ve con este ejemplo el peligro de ciertas deducciones de apariencia científica. Una confianza intuitiva en el porvenir de nuestra civilización hubiera llevado a previsiones menos inexactas.

La escuela del subdesarrollo da del fenómeno que estudia una explicación moral principal: el egoísmo de las naciones burguesas. Por tanto, sólo accesoriamente se preocupa de investigar las causas locales. No se pregunta por qué aquí o acullá, incluso cuando se brindan las facilidades necesarias, el ahorro, la investigación científica, la innovación industrial están ausentes ni por qué el enriquecimiento se torna corrupción. Evita mencionar las responsabilidades del islamismo en el atraso del Oriente Medio y el Africa del Norte, del induísmo en el de la India. Sin embargo, muchos países no deberían ser descritos como carentes de capitales, sino como países que descuidan constituirlos por pereza y sensualidad o en razón de una jerarquía de valores diferentes. Acaso sea prestar un mal servicio a los interesados ocultarles así sus propias responsabilidades y proponerles un derivativo fácil mediante la difamación de Occidente.

Uso complaciente de nociones engañosas expandidas por la propaganda marxista.

Al regresar de un reciente viaje en China, M. Tibor-Mende señalaba que ese país *carecía* de trabajadores. En efecto, la República Popular, para ocultar el fracaso de su política de control de los nacimientos, se ha dado las apariencias del pleno empleo. Pero la palabra presta a muchos equívocos.

⁹ *Regards sur l'Histoire de demain*, Editions du Seuil, pág. 75.

cos. Siempre es posible emplear obreros parados para hacer hoyos, luego para volver a cerrarlos, pero, ¿puede verse en ello un éxito? No pretendo que los chinos recurran intencionalmente o literalmente a este método. Sin embargo, el empleo abusivo de una mano de obra desplazada para la ejecución de planes industriales cuyas bruscas modificaciones muestran después su carácter arbitrario, se le parece mucho. Podemos observar en Extremo Oriente a dos vecinos. En el Japón, país que confiesa su paro, la condición humana es seguramente más suave que en China, país que camufla el suyo. M. Moussa escribe: «El Comunismo revestirá *acaso* en China una forma más humana que en la U. R. S. S.» No veo qué puede justificar esta esperanza, incluso dubitativa. Por el contrario, es en el primero de estos dos países donde el material humano resulta más despiadadamente explotado. ¿Que los demás subdesarrollados lo saben mal? Sin duda alguna. Sin embargo, la mayor parte de los indios que han realizado el viaje a Pekín han formulado apreciaciones severas y un plebiscito permanente de la población local hace crecer la población de Hong-Kong en perjuicio de Kwan-tung. Es desde lejos y al amparo del capitalismo que el Comunismo seduce. También, antaño, «la República era bella bajo el Imperio».

Identificación de la autoridad con la tiranía comunista.

Se empieza por sentar el principio, muy justamente por supuesto, de que la democracia conviene mal a los países subdesarrollados. Se recuerda después la condena pronunciada por los pueblos de Europa contra los regímenes fascistas. Y se saca de estas premisas la conclusión (en realidad prefabricada) de que sólo el Comunismo es capaz de imponer el progreso a los rezagados del mundo moderno. La adopción de este régimen aparece así como la condición previa que los Estados capitalistas preocupados en no malgastar sus créditos deberían exigir de sus deudores. Nuestros intelectuales llegan a esta conclusión irónica en el momento en que, en los países subdesarrollados, se empieza a disociar la filosofía marxista y las técnicas de cooperación. En realidad, no es preciso adoptar la una para aplicar las demás. En Israel se ve funcionar eficazmente tipos de cooperativas variados, desigualmente socializantes y adoptados sin coerción. Recientemente, al regresar de un viaje a la India, M. Dumont recomendaba el

establecimiento en ese país de un servicio del trabajo. Semejante decisión no implicaría necesariamente la adopción de un régimen totalitario. Gobiernos militares acaban de poner un poco de orden en Pakistán y en Birmania. Otras dictaduras más civiles y menos conservadoras pueden nacer. Se verán llevadas a tomar medidas que la personalidad de los jefes hará clasificar a la derecha o a la izquierda, pero que serán, en realidad, adaptaciones oportunas a situaciones variadas. Se acabará por comprender casi en todos los sitios que el comunismo y el antiguo liberalismo han sido igualmente rebasados por la evolución del mundo moderno y se intentará ir directamente a las soluciones que otros no habrían podido alcanzar, sino a través de rodeos y pruebas crueles. Este atajo reserva sin duda muchas sorpresas a nuestros progresistas.

Ausencia de simpatía por las dificultades de las naciones medianas.

Buscando instintivamente un denominador común en el más bajo nivel (ligeramente alzado por sus cuidados, pero esto no es más que una hipótesis), nuestros progresistas consideran con ojo crítico lo que rebasa netamente ese nivel. Su misma clasificación desfavorece a los países que se las han ingeniado para salir de su miseria. Podría creerse que este esfuerzo los hace indignos de nuestro interés. Sin embargo, también en esos países muchos destinos individuales siguen siendo patéticos. El ejemplo tipo es el Japón. Su acceso al nivel de las naciones medianas se ha logrado mediante una tensión constante, un esfuerzo de educación admirable, una limitación voluntaria de la población que puede ser considerada como una forma de ascetismo. Porque se ayuda a sí mismo, ese país merece más que otro ser ayudado. La forma más eficaz de esa asistencia sería una liberalización de nuestra política comercial. Por el contrario, hemos tratado de excluir las mercancías japonesas de los mercados africanos. De ahí ese razonamiento muchas veces oído en Extremo Oriente, en Hong-Kong lo mismo que en Tokio: la asistencia internacional de los europeos no es más que una coartada para su proteccionismo. Es sin duda más fácil gravar al conjunto de los ciudadanos que lesar ciertos intereses particulares. A pesar de ello la cuestión sigue planteada. Merece la atención de nuestros altruistas.

Invitación discreta a una revisión de nuestra orientación diplomática.

La primera consecuencia de la política recomendada sería un debilitamiento relativo de los Estados que aportan al mundo de hoy en día un elemento de madurez política y de estabilidad (señaladamente Gran Bretaña) en provecho de países «nuevos» cuya mediana edad no permite hacer muchos augurios respecto a su ponderación. Esta política también podría oponernos a Estados Unidos en un momento en que nos presentamos frente a ellos como demandantes en dos puntos esenciales (solidaridad africana, secretos atómicos). En efecto, el impuesto cósmico, asentado sobre la renta nacional gravaría sobre todo al país más rico del mundo. Cuando nuestros expertos sugieren su creación, agregando inmediatamente que Francia paga su escote, nuestros amigos americanos opinan que jugueteamos muy indiscretamente con sus dólares.

Concepción ingenua de las consecuencias políticas y morales del enriquecimiento.

Los mismos «pensadores» intentan deshonar la bondad en el mundo burgués reduciéndola a un simple «gozo del espíritu de dominación»¹⁰ y atribuyen a los subdesarrollados un pasmoso angelismo. Piensan que la elevación del nivel de vida aportará necesariamente a sus beneficiarios la paz del alma y les inclinará a la gratitud hacia aquellos que han hecho posible este progreso. La ilusión es antigua. M. Edgar Faure mismo ha podido experimentar en Francia su vanidad. Ha sido un excelente ministro de Hacienda y la situación de los trabajadores jamás mejoró tan rápidamente como durante su gestión. En 1956, los electores se lo agradecieron haciendo caer su gobierno. Seguramente le resultaría menos fácil tener éxito tan brillantemente en el escenario mundial, pero si lo consiguiera, acaso no se viera mejor recompensado. Cuando los subdesarrollados hayan recogido el sobrante de las grandes potencias, invitarán éstas a privarse en su provecho. La misma U. R. S. S., si aceptara la cooperación

¹⁰ M. Georges Izard, citado por M. Edgar Faure. (Esta idea está sacada de Marx, que la ha desarrollado en "La Santa Familia".)

que M. Edgar Faure le propone, se vería pronto acusada de desviacionismo por una internacional comunista reagrupada en torno a China.

Por ahora, los problemas económicos no están realmente en primer plano en los países subdesarrollados. Como lo hace observar con mucha pertinencia M. Darcet, «luchan en el nivel del signo, sea éste el signo de la lengua o el signo nacional, y también en el nivel biológico, es decir, por la demografía». Para sus dirigentes más dinámicos, la industrialización tiene sobre todo un valor de prestigio. Refinerías de gasolina y bombas atómicas, he aquí el ideal de los *coming men* árabes, indonesios y acaso mañana suramericanos. Poco les importa que esas bombas tengan que devastar en primer término, las haciendas de sus Estados y que la construcción de refinerías de gasolina en marcos demasiado estrechos sea antieconómica. Este estado de espíritu de los dirigentes responde a una disposición de los pueblos. En los países en vías de modernización, las necesidades, estimuladas por una comparación incesante y la embriagada espera de milagros científicos, crecen siempre más de prisa que las satisfacciones. Al principio, un período bastante largo separa el aumento de las inversiones de una elevación del nivel de vida. Incluso después, sucede que la divergencia psicológica crece entre dos pueblos cuyos niveles de vida, sin embargo, se han hecho menos diferentes. «A los ojos de los marroquíes—observa M. Jean Darcet—, la diferencia entre Francia y Marruecos es mayor en 1958 que lo era en 1912.» Comparación esencialmente afectiva que reclama compensaciones igualmente afectivas. Un progreso conseguido sin la ayuda exterior se valora con un coeficiente de orgullo que las estadísticas ignoran. Se le encuentra mucho más sabor aun si la acción emprendida va expresamente dirigida contra el colonizador (véase Indonesia). Esta revancha contra el Padre pertenece al dominio de la psicoanálisis. No por ello los sociólogos tienen derecho a desinteresarse de ella. La escuela del subdesarrollo remolonea en una economía rebasada sin tener en cuenta los parentescos entre la psicología colectiva y la psicología individual que ha establecido la ciencia de nuestra época.

Hay que conocer todas esas realidades, no para sacar una conclusión de abstención, por supuesto, sino para saber que la asistencia internacional no dispensa de la preocupación del equilibrio político.

Reducción de la tradición francesa a su aspecto universalista.

Esta tradición tiene su grandeza. Pero siempre que se ha querido llevarla demasiado lejos ha desencadenado peligrosas reacciones en sentido contrario (degradación de las Cruzadas o anexionismo de la primera Revolución francesa). Se deplora actualmente en París el fracaso del ambicioso proyecto del S. U. N. F. E. D. Pero si hubiera sido adoptado, sólo difícilmente habríamos podido aportar nuestra contribución a este organismo sin dejar de proseguir nuestra tarea solitaria en Africa. Esta contradicción financiera es el reflejo de contradicciones políticas. Preconizamos una cooperación Este-Oeste, pero no tenemos prisa en ver técnicos soviéticos instalarse en el Magreb. En la misma región, pedimos el apoyo de nuestros aliados y nos negamos a consultarlos. ¿Debe ser comprendida Argelia en el exterior o en el interior de Francia? En la primera hipótesis, el levantamiento de 13 de mayo pierde su significación. En la segunda, Argelia no debe figurar más que la Ardeche o el Lot bajo el título de la ayuda a las naciones subdesarrolladas. Será en el curso de ásperos debates presupuestarios cuando en los años venideros Francia ejercerá su derecho a la opción. ¿Preferiría proseguir su esfuerzo particular limitando su esfuerzo mundial, o bien tratará por el contrario de integrar su asistencia al Africa francesa en una asistencia internacional en la que, finalmente, nuestra participación sería menos costosa? La reciente toma de posición del general De Gaulle en favor de los países subdesarrollados, que podría añadir un nuevo capítulo a una política de grandeza ya un poco abrumadora, acaso responde más bien a la reserva mental de preparar un recurso para el caso de que no pudiera ser realizada en el Magreb la esperada pacificación. Finalmente, una elección debe hacerse, pero en el porvenir previsible no podrá ser absoluta. Cualquiera que sea el resultado político del conflicto actual, subsistirá una cierta simbiosis económica franco-argelina. Los razonamientos de nuestros intelectuales han de tener en cuenta esta realidad humana.

* * *

Ya hemos dicho lo bastante como para mostrar las dificultades de una próxima «mundialización» de los problemas del subdesarrollo. Estas dificultades se atenuarán en el futuro, y el mundo uno ha de ser nuestra

meta final. Pero todo el arte de la política es situarse correctamente en el tiempo. Intentando atropellar las etapas se acrecentan las dificultades de la tarea presente. Por este motivo, el nacimiento de una demagogia mundial es inquietante. No se la achaco a ninguno de los eminentes escritores que he citado, pero me temo que estén comprometidos en el mismo, a pesar de ellos. Han querido con acierto atraer la atención de la opinión francesa sobre una cuestión capital. Pero sus consideraciones serán interpretadas entre los subdesarrollados como aportando justificaciones intelectuales a pasiones elementales. Entre los desarrollados, podrán suscitar reacciones de recelo. Como todo el mundo sabe, es difícil usar simultáneamente del llamamiento a los capitales y de la amenaza fiscal. Hablando demasiado de impuesto cósmico se corre el riesgo de frenar la expansión presente del Occidente y, al mismo tiempo, sus inversiones en los países subdesarrollados.

Los estudios que presentan el problema en su complejidad real son, pues, más útiles que esas generosas simplificaciones. He tenido ocasión de citar el de M. Darcet, que es un modelo en su género. Mis lectores podrán consultarlo con fruto. Sólo le reprocharé de llevar el escrúpulo intelectual hasta evitar proponer soluciones precisas. Y el caso es que toda discusión sobre semejante tema tiene que conducir finalmente a un esquema de acción. La oportunidad política como la simple humanidad así lo exigen. Tratemos, pues de colmar este vacío.

Algunos objetivos limitados parecen poder ser alcanzados en el próximo porvenir.

1.º *Eliminación de las maniobras especulativas que provocan excesivas fluctuaciones en los cursos de las materias primas.* Contratos a largo plazo y créditos compensadores son los medios más adecuados para semejante acción.

2.º *Experiencia de ordenación colectiva en ciertas regiones a la vez próximas y cruciales (Mediterráneo, Oriente Medio, Africa).* Estas ordenaciones deberían estar ligadas a la reducción de ciertos beneficios capitalistas excesivos o a disposiciones que prevean su reemplazo en inversiones que permitan diversificar las producciones locales.

3.º *Ensanchamiento progresivo de los cuadros de la ayuda.* Este fenómeno se esboza ya por sí mismo. En el curso de los últimos años, las producciones de café y de plátanos de la Comunidad han rebasado las posibilidades del consumo francés. Hallan ahora una salida en el Mercado

Común. Mañana, una política común de Europa respecto a los países subdesarrollados acaso pueda ser considerada.

4.º *Aumento moderado del importe total de la asistencia internacional.* La relación de uno a diez que existe actualmente entre la inversión pública y la inversión privada parece insuficiente. ¿Hasta dónde será posible ir? Ello depende de muchos acontecimientos y señaladamente de los progresos del desarme general. En 1956, M. Guy Mollet, presidente del Consejo a la sazón, anunció que los créditos liberados por la reducción de los gastos militares en Argelia serían destinados a inversiones en esa región. Desde entonces, los gastos militares han sido *incrementados* y además se hacen considerables gastos de inversión. Las sugerencias de M. Edgar Faure son acaso el preludio de una evolución análoga en el plano mundial. Por tanto, es mejor no prometer más que con prudencia.

5.º *Formación en el mundo libre de mayor número de técnicos y destino de parte de los mismos a la asistencia a los países subdesarrollados.*

6.º *Creación de un fondo de seguro internacional para garantizar las inversiones privadas.*

7.º *Dar satisfacción a las susceptibilidades locales* (señaladamente en lo relativo a los estatutos políticos).

8.º *Subordinación práctica de la ayuda a la creación en los países asistidos de las condiciones de hecho que la hagan fecunda.*

9.º *Franco reconocimiento de lo inadecuado de ciertos métodos capitalistas para el desarrollo de los países nuevos.* Estos dos últimos puntos reclaman algunas explicaciones.

Se puede soñar con un tratado ideal entre subdesarrollados y desarrollados. Estos se declararían dispuestos a consentir una muy amplia ayuda con las únicas condiciones siguientes: los Gobiernos interesados 1.º) expresarían el deseo de recibir esta ayuda; 2.º) controlarían eficazmente su país; 3.º) se esforzarían efectivamente por elevar la condición humana. (En los países superpoblados, una política rigurosa de control de los nacimientos podría ofrecer esta garantía.) «No propondremos problemas insolubles», dirían en suma los beneficiarios a los donantes. Y éstos de contestar: «En este caso, os daremos los medios de resolverlos.» Semejante tratado jamás será suscrito, pero no por ello es menos deseable que las políticas nacionales se inspiren en este modelo en toda la medida de lo posible.

Frecuentemente se ha alegado que el éxito del control de los nacimientos depende de la aplicación previa de una política de educación y de elevación del nivel de vida, y que este éxito mismo deja subsistir durante varias décadas un problema demográfico angustioso. Estas dos afirmaciones son exactas, pero se apoyan en ella sin razón para negarse a las soluciones parciales que siguen siendo inmediatamente posibles. Los esfuerzos realizados en Asia por los poderes locales son, en su conjunto, insuficientes. El Gobierno de Delhi se declara favorable a la restricción de los nacimientos, pero descuida de facilitar los medios para ello. El Gobierno de Pekín no ha perseverado en su esfuerzo e incluso llega hasta pretender (contrariamente a sus propias declaraciones anteriores), que la población china es insuficiente. Otros países ignoran sencillamente la cuestión. Únicamente el Japón ha dado ejemplo de una acción resuelta y muestra que se puede tener éxito. Sólo logrará estabilizar su población hasta 1990. Pero semejante perspectiva, incluso lejana, basta para cambiar la atmósfera moral de un país. A la desesperación sucede la esperanza razonada. El recurso a la violencia se hace menos probable. He aquí el tipo de cumplimiento que deberíamos exigir a aquellos que asistiremos, o más bien, he aquí lo que ellos mismos deberían ofrecernos si quieren que nos apasionemos por su causa ¹¹.

En los países subdesarrollados la planificación es necesaria. Es absurdo desaconsejarla cuando nosotros mismos recurrimos a ella parcialmente y cuando la necesitan mucho más que nosotros. Bajo esta reserva, debemos seguir creyendo en la adaptabilidad del sistema económico que hasta aquí ha apuntalado nuestra civilización y nos permite aún progresos continuos. La economía del mercado occidental se ha mostrado capaz de recoger cada vez más exigencias sociales sin renunciar al espíritu de empresa que hace su fuerza. Asimismo podrá hacer frente a nuevas exigencias *internacionales* a condición de permanecer en estado de expansión. Se trata hoy día de meter en el juego neocapitalista al mayor número posible de Estados nuevos. En él hemos acogido (un poco a regañadientes) a un subdesarrollado de ayer: el Japón. Tenemos que acoger a otros, más generosamente, a medida que estén dispuestos. Acogerlos es aceptar recibir sus mercancías en el marco de una división mundial del trabajo.

Los comunistas piensan que la aplicación integral del colectivismo

¹¹ Sobre este aspecto del trabajo de nuestro ilustre colaborador puede verse un artículo del P. J. M. Granero, S. J., «Hijos ¿sí o no?», *Razón y Fe*, tomo 160, números 740-741, Madrid, 1959. (Nota de la Redacción.)

NACE UNA DEMAGOGIA MUNDIAL

es para los subdesarrollados la única posibilidad de salvación. Nosotros hemos de dejarlos por mentirosos tomando en el socialismo lo que tiene de bueno y eliminando el resto. Se ha comparado la evolución internacional presente a las evoluciones internas del siglo pasado. Se ha dicho que los capitalistas deberían frustrar de nuevo las predicciones marxistas mostrándose tan flexibles en esta nueva partida como lo fueron en la anterior. Es justo, pero no olvidemos que los trabajadores también han contribuido a este éxito aceptando a través de una larga historia su parte de solidaridades nacionales. Si las «naciones proletarias» manifiestan tener el mismo espíritu de cooperación, podrán ser asociadas al progreso de la economía mundial, como lo están actualmente los obreros a los progresos de las economías nacionales.

Desechemos el egoísmo y neguémosnos a la dimisión. Nuestra tarea es contribuir a la evolución pacífica de un mundo en que conservaremos nuestro legítimo lugar.

ALFRED FABRE-LUCE.

